
Centenario de Ezra Pound

I

Mis encuentros con Pound, el fabuloso Ezra Pound cuyo centenario celebran hoy todos los poetas del mundo, de oriente y occidente, ya que el siglo todo le perteneció, estos encuentros personales que tan poco cuentan en los tiempos que corren, se pierden en la luz matinal de mi propia adolescencia. A los veinte años, en la RAI y sus largos pasillos, en un lugar que hoy los deportistas y los amantes de los procesos espectaculares conocen en imágenes como Foro Itálico, al adolescente que pretendía distraer desde Roma una «audiencia» lejana con las bellezas turísticas y arqueológicas de Italia, le escandalizaban las voces terribles que contra el capital y la usura lanzaba a pleno pulmón un hombre hasta entonces por mí mismo y por muchos ignorado. Fue aquel el primer encuentro, sin consecuencias y sin «impactos», con el poeta más grande del siglo, de lengua inglesa.

Años más tarde, los medios de comunicación dieron, concretamente en 1949, la noticia de que el Premio Bollingen 1948 había sido concedido a un «criminal de guerra americano». El poeta Ezra Pound, encerrado en un sanatorio psiquiátrico donde permanecería durante trece años, recibía aquel prestigioso premio por sus «Cantos Pisanos». Mientras tanto, a saber, entre los días de la RAI, 1942-43, el final de la guerra, la detención de Pound en Pisa y otras aventuras, la gran poesía de Pound se me había hecho familiar, al igual que su enorme influencia sobre grandes escritores del siglo, entre los cuales figuraban Eliot y Joyce, por más señas, que en el poeta norteamericano encontraron un maestro y un animador entusiasta. El Premio Bollingen fue recibido en América en medio del escándalo. Ezra Pound se tornó una vez más en noticia que dio la vuelta al mundo, al igual que en el verano de 1945, cuando las tropas americanas lo detienen en Pisa y lo mantienen días enteros encerrado en una jaula en la plaza delante de la torre, para dar fe a la profecía del poeta sobre el destino de las torres en la vida de los grandes hombres. Habría percibido, sin duda, la imagen de Tomás Moro en la torre de Londres, unida a la imagen de Ugolino della Gherardesca, el personaje dantesco que en la Torre del Hambre pisana devoraría a sus descendientes. Fue en esta segunda o, mejor dicho, tercera noticia sobre Pound cuando tuvimos la ocasión de ofrecer al público poético madrileño un fragmento poundiano, al traducir y publicar uno de sus *Cantos Pisanos*, concretamente el «Canto LXXXI», que decía, más o menos, esto:

«Ed ascoltando al legier mormorio
Una nueva sutileza de la mirada se introdujo en mi tienda...
... Primero vino lo visible, y luego el palpable

Eliseo, aunque él haya estado en el vestíbulo del infierno
Lo que tú amas es tu verdadera herencia
Lo que tú amas no te será arrancado
La hormiga es un centauro en su mundo de dragones.
Rebaja tu orgullo, no es el hombre
Hecho de coraje, o hecho orden, o hecho gracia,
Rebaja tu orgullo, yo te digo, rebájalo.
Aprende del mundo reverdeciente cuál puede ser tu lugar
En la escala del descubrimiento o del arte verdadero,
Rebaja tu orgullo, yo te lo digo, rebájalo...
Domínate y otros te soportarán.
Rebaja tu orgullo
Tú eres un perro golpeado bajo el granizado
Una urraca hinchada en un sol cambiante
Medio negra medio blanca
Y no sabes distinguir el ala de la cola
Rebaja tu orgullo
Porque mezquinos son tus odios
Nutridos del error,
Rebaja tu orgullo,
Dispuesto a destruir, sórdido en la caridad,
Rebaja tu orgullo,
Yo te lo digo, rebájalo.»

II

Fueron múltiples las ocasiones a lo largo de los años, para acercarse a la tragedia de Ezra Pound y entenderla en definitiva como la tragedia de los poetas en tiempos de angustia. Algo que justificara la pregunta de otro gran poeta angustiado. Nos referimos a Rainer Maria Rilke y a su pregunta del porqué de los poetas en tiempos de angustia. Fue en 1924 cuando Rilke escribió el poema que contiene esta angustiosa pregunta, en un horizonte en cuyo ámbito el hombre se halla abandonado al igual que todos los seres que «la naturaleza abandona al riesgo de su oscuro deseo». Con Pound la tragedia rompe los silencios del siglo. Hace años, nos referíamos a su aventura, a su tragedia y a los ecos propicios o adversos de aquella tragedia suya, tragedia de la poesía en el exilio, que puede ser el exilio mismo de la poesía en el mundo¹. Habían pasado años desde que en la jaula de la plaza de Pisa se componían los «Cantos Pisanos», en la línea de otros «cantos» que no eran concebidos como pasos en el Purgatorio y en el Infierno. Es cierto que en estos «cantos» terribles del exilio y el dolor seguían resonando ecos de Confucio y la sabiduría china, como en trozos anteriores que habían empezado a publicarse ya desde 1918. No se habían extinguido

¹ Cfr. JORGE USCATESCU: *Nuevos retratos contemporáneos*. Ed. Dossat, Madrid, págs. 31 y sigs. cap. «La tragedia de un gran poeta», 1959.

los ecos del Premio Bollingen 1948 y Pound seguía recluido en su habitación lunar del manicomio de Sainth Elisabeth cuando un mediocre traductor de Omar Khaiam y novelesco historiador del reinado de Claudio, como Robert Graves, escribía, concretamente en 1955: «Es una increíble paradoja que los “Cantos” de Pound, informes, ignaros, indecentes, discordantes, apenas rimados, ornados de esotéricos caracteres chinos —que, por cuanto yo sé, pueden ser copiados sobre un paquete de té— embellecidos de malas citas... que estos “Cantos” estén hoy en los programas de numerosas universidades respetables.»

Era aquella la hora del mediodía del prestigio poético de Ezra Pound, así señalada en una anotación personal nuestra: «Hacía mucho tiempo que la tragedia de un poeta no conmovía a los espíritus generosos de sus contemporáneos, como la tragedia personal del poeta norteamericano Ezra Pound. La peculiaridad del espíritu libre y generoso del mundo norteamericano ha hecho que el caso de Ezra Pound se convierta, en primer lugar, en un problema que interesa de un modo serio a los mismos escritores norteamericanos. Luego se ha convertido en tema libre, patética discusión de los escritores de todo el mundo libre. ¿Puede un gran poeta traicionar impunemente a su propia patria? ¿Es la de Ezra Pound una verdadera traición? ¿Fue justa la condena que se le impuso? Estos son los temas que los más ilustres escritores americanos y europeos discuten. Pero lo que para todos es incontestable es el hecho de que la de Ezra Pound es una terrible tragedia y que el viejo poeta merece, al fin, la libertad.» (Cfr. *op. cit.*, pág. 31, y el artículo «Trágica aventura de Ezra Pound», *ABC*, Madrid, 4 de octubre de 1959.)

El caso de Ezra Pound tuvo una gran resonancia en aquellos años. Todo se centraba en la acción emprendida, sobre todo desde Europa, para la liberación del poeta del manicomio de Sainth Elisabeth, en un suburbio de Washington. Llevaba entonces el poeta diez años recluido en aquel lugar y la reclusión se prolongaría, a pesar de todo, tres años más. Este había sido el medio para que los Estados Unidos salvaran del patíbulo o de la cámara de gas a su poeta nacional, tan grande como Poe y tan enamorado de América como Whitman. La cuestión giraba una vez más en torno a las relaciones entre poesía y política. ¿A qué mundo pertenecen, en definitiva, la poesía y los poetas? Y si hay confusión de pertenencia, ¿dónde se coloca la cesura esquizofrénica? ¿Es todo poeta, acaso, como lo definía Dante, «cittadin della città partita»? ¿Es acaso un poeta como Alexander Blok poeta de los *Versos de la bellísima Dama* o de *Los Doce* o de ambos mundos centrados en uno solo: el de la creatividad poética en su más amplio sentido?

III

La fantástica aventura de Ezra Pound, acaso el mejor poeta de habla inglesa de nuestro tiempo, en todo caso el más original, el de más vasto y singular contenido y ámbito de horizontes poéticos, el heraldo de la gran diatriba poética contra el mundo de la usura, el yanqui admirador de Mussolini, con el riesgo de traicionar a su propia patria; su aventura en el dolor y el escándalo está destinada a resucitar una vieja polémica. En ella se barajan nombres ilustres donde las posiciones más contradictorias

ofrecen bases morales que alcanzan con iguales posibilidades lo grotesco y lo sublime. Han pasado desde entonces muchas circunstancias y hoy Pound, en su centenario, es universalmente celebrado: desde París a Nueva York, desde Venecia hasta Salamanca, y desde Estocolmo, que le negó varias veces el Nobel, hasta la Tierra de Fuego y la China entrañablemente amada por el poeta de América. Ni entonces, en lo vivo de la polémica, ni después y tampoco ahora, su vida y sus versos, su experiencia humana y su sin par experiencia poética, no están llamados a aclarar los perfiles de la vieja disputa y, mucho menos, a conciliar, ni siquiera en términos absolutos, si no son términos poéticos de radical poeticidad, los criterios de la actualidad, con los de la posteridad. Porque la aventura de Ezra Pound no empieza con sus salidas antisemitas, por causa no de raza sino de usura, o al ser profascista en Italia, en plena guerra, sino mucho antes. En plena juventud, como profesor de Wabash College, en los Estados Unidos, Ezra Pound es expulsado de su cargo por un acto de humanidad que contrastaba con el puritanismo allí reinante, acto en el cual el poeta demostraba ser, simplemente, «too European and too unconventional». Así que abandona su país y, desde entonces, se puede decir que se convierte en el poeta norteamericano que más mundo haya recorrido —la mayor parte, a pie— y más resonancia haya tenido dentro y fuera de los Estados Unidos. En 1908 se anda a pie el camino, haciéndolo, como en el verso de Antonio Machado, desde Gibraltar hasta Venecia. Descubre y ama a España, con sus tierras y sus hombres. De forma que al lado del «reino del Medio» chino, y de los múltiples reinos provenzales y del «Dolce stil nuovo», el de Sordello y el de Bernard de Ventador, estará presente en sus vivencias poéticas de gigantesca polifonía, el Cid y la Celestina, y Lope entero con sus dramas caprichosamente entendidos. Véase el acercamiento de un Tamerlán de Lope a un Tamerlán de Marlowe. Y su escalofriante capacidad de lectura. Viajes y lectura, lectura y viajes. Viajes imaginarios sobrepuestos a la geografía de los viajes reales. «Doña Perfecta» y «Madame Bovary», «Pecuchet» y «Ulyses», en una lectura donde Pound prefiere con mucho a Galdós y a Joyce. Todavía en el 81 de sus «Cantos Pisanos» recuerda al padre Elizondo, encontrado en 1906 y en 1917 con resonancia viva de frases como éstas: «hay mucho catolicismo y muy poca religión» o «yo creo que los reyes desaparecen». Viajes, lecturas e imágenes, y personajes e idiomas, muchos idiomas que los críticos han analizado estadísticamente, componen el «pandemonium» poético de Ezra Pound, cuyo soplo interior ennoblece la materia de un respiro lírico inmarchitable.

En su juventud, y por necesidad y elección en su vejez, entre todos los países de Europa que Pound ha escogido como patria, el que más le atrae es Italia. Pero de una forma genérica, el luminoso mundo espiritual de las literaturas neolatinas ejerce sobre él, desde el principio hasta el fin, un magnífico influjo. Así es que el proceso formativo del más grande poeta de la literatura anglonorteamericana después de Edgar Allan Poe, no puede tener una explicación completa sin tener presente estas tres realidades culturales que integran el espíritu creador de Pound: Italia, España y Provenza. Allí está para dar testimonio de la cosa el viejo libro de Ezra Pound *Spirit of Romance*. Este libro y su incursión en la poesía china son hitos definitivos para la comprensión de su propio universo poético. Vendrán, sin duda, filólogos y sinólogos, para detectar sus errores. Pero sus errores se pierden en la pleamar de la poética de Pound. *Spirit*